

Ferran Cabrero, coordinador

I Congreso Ecuatoriano de Gestión Cultural

**Hacia un diálogo de saberes para el buen vivir y
el ejercicio de los derechos culturales**

Selección de ponencias



FLACSO
ECUADOR

Congreso Ecuatoriano de Gestión Cultural “Hacia un diálogo de saberes para el buen vivir y el ejercicio de los derechos culturales” (I : 2011 : sep. 22-24 : Quito)

Hacia un diálogo de saberes para el buen vivir y el ejercicio de los derechos culturales / coordinado por Ferran Cabrero. Quito : FLACSO, Sede Ecuador, 2013

544 p. : cuadros, diagramas, fotografías y gráficos

ISBN: 978-9978-67-381-2

GESTIÓN CULTURAL ; ECUADOR ; POLÍTICA CULTURAL ; DESARROLLO CULTURAL ; DIVERSIDAD CULTURAL ; PATRIMONIO CULTURAL ; CULTURA .

353.7 - CDD

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito-Ecuador

Tel.: (593-2) 323 8888

Fax: (593-2) 323 7960

www.flacso.org.ec

ISBN: 978-9978-67-381-2

Cuidado de la edición: Santiago Rubio - Paulina Torres

Diseño de portada e interiores: FLACSO

Imprenta: V&M Gráficas

Quito, Ecuador, 2013

1ª. edición: febrero de 2013

El presente libro es una obra de divulgación y no forma parte de las series académicas de FLACSO-Sede Ecuador.

Índice

Presentación	11
Agradecimientos	12
Preámbulo	15
<i>Eduardo Puente Hernández</i>	
Introducción	
Gestión cultural para el buen vivir en el Ecuador	17
<i>Ferrán Cabrero</i>	
I. Buen vivir y políticas culturales	
Las cambiantes concepciones de las políticas culturales.	29
<i>Hernán Ibarra</i>	
Las políticas culturales y el buen vivir.	39
<i>Erika Sylva Charvet</i>	
Estrategias para la gestión del desarrollo cultural en el Ecuador	57
<i>Adrián de la Torre Pérez</i>	
Sumakawsay es la cultura de la vida	67
<i>Atawallpa M. Oviedo Freire</i>	

A la búsqueda del <i>Ki-tu</i> milenario: El “Reyno de los colibríes”	75
<i>Diego Velasco Andrade</i>	
Estrategias de diversidad en los Andes	89
<i>Dimitri Madrid Muñoz</i>	
Acción cultural exterior: breve análisis del caso ecuatoriano	105
<i>Elizabeth Guevara</i>	
Políticas y proyectos institucionales de la UNESCO en el ámbito de la gestión cultural	123
<i>Enrico Dongiovanni</i>	
La planificación sociocultural en el Ecuador	129
<i>Eduardo Hugo Jaramillo Muñoz</i>	
El patrimonio arqueológico en el Ecuador y sus perspectivas	149
<i>Francisco Germánico Sánchez Flores</i>	
Gestión cultural de la Casa en un nuevo escenario	159
<i>Gabriel Cisneros Abedrabbo</i>	
La gestión cultural en el marco de los fondos culturales: el caso de las organizaciones juveniles en Quito	165
<i>Andrea Madrid Tamayo</i>	
 II. Memorias y patrimonios	
Sobre el Ministerio Coordinador de Patrimonio	177
<i>Juan Carlos Cuéllar</i>	
La recuperación de la memoria histórica como medio de desarrollo socio cultural y el papel de la gestión cultural en este proceso	185
<i>Gina Maldonado Ruiz</i>	
El Complejo Cultural Real Alto: gestión cultural en adverbio de tiempo, lugar y modo en la costa ecuatoriana	193
<i>Silvia G. Alvarez</i>	

Trayectoria del debate patrimonial y aproximaciones a la gestión del Patrimonio Cultural Inmaterial.	213
<i>Gabriela Eljuri Jaramillo</i>	
El patrimonio musical y poético afro-esmeraldeño	223
<i>Lindberg Valencia Zamora</i>	
La cultura montubia, su oralidad y su gestión.	235
<i>Alexandra Cusme</i>	
El chulla quiteño: la patrimonialización de un imposible	249
<i>Marlon Cadena-Carrera</i>	
El patrimonio, una estrategia política hegemónica: el caso de Cuenca.	257
<i>Mónica Mancero Acosta</i>	
 III. Artes y producción	
El arte como proyecto de resistencia a la dependencia poético-tecnológica	267
<i>María Elena Cruz Artieda</i>	
Arte, artesano, artesanía: las manos hábiles de la patria	273
<i>Luis Nieto Aguilar</i>	
Reflexiones sobre la producción de las artes escénicas	281
<i>Marina Chávez</i>	
Apuntes sobre educación artística	287
<i>Julia Mayorga</i>	
Universidad y ciudadanía	299
<i>Jorge Hugo Massucco</i>	
Bibliotecas universitarias y desarrollo cultural.	305
<i>Myriam Quinteros C.</i>	

Nuevos centros culturales para el Distrito Metropolitano de Quito	315
<i>Sara Serrano</i>	

IV. Diversidades y culturas

Aprendizajes significativos y buenas prácticas de interculturalidad	329
<i>Patricio Sandoval Simba</i>	

El ejercicio de los derechos colectivos y culturales: el caso del periodismo indígena	343
<i>Gema Tabares</i>	

La chakra andina desde la cosmovivencia del pueblo kichwa kañari-Ecuador	355
<i>Luis Antonio Alulema Pichasaca -William Xavier Guamán Encalada</i>	

El <i>tupu</i> como manifestación de la cultura popular de la comunidad de Saraguro y como elemento simbólico	361
<i>Claudia P. Cartuche</i>	

La cultura y la buena gestión cultural contribuyen al crecimiento humano sostenible: cuatro experiencias de gestión cultural	369
<i>Milvia León</i>	

La Mesa Ciudadana de Cultura en el MDMQ: un espacio de participación colectiva por el derecho al uso del espacio público y el fortalecimiento de la cultura popular	381
<i>Amapola Naranjo</i>	

Desde el rock, una mirada hacia la reapropiación del espacio público. La gestión cultural y la participación de colectivos urbanos de espacios para la cultura	395
<i>Marcelo Negrete Morales</i>	

Caminos de San Roque: diálogo y cotidianidad para una estrategia política	403
<i>Paola de la Vega Velastegui</i>	

V. Testimonios

Proceso de la comunidad educativa intercultural Tránsito Amaguaña en el Sur de la ciudad de Quito	417
<i>Irma Gómez</i>	
Espacios públicos	429
<i>Martha Sofía Vargas S.</i>	
Salmagundi presenta...: posibilidades, dificultades y oportunidades en la producción y gestión cultural de la zona centro del Ecuador	437
<i>Rodrigo “Jovani” Jurado</i>	
El escenario social de las artes y el Colectivo “Cosas Finas”	445
<i>Oscar Naranjo Huera (Oskan)</i>	
Vamos a la Toma de la Plaza	449
<i>Irina Verdesoto</i>	
Una ‘trinchera’ para la gestión y producción de artes escénicas	459
<i>Nixon García Sabando</i>	
Reflexiones sobre nuestra experiencia en la gestión y producción de artes escénicas	465
<i>Rocío Reyes Macías</i>	
Resistir no es suficiente: una mirada desde la vida de un grupo de teatro laboratorio	471
<i>Patricio Vallejo Aristizábal</i>	
Gestor cultural: revisión de caminos	479
<i>Rubén Guarderas Jijón</i>	

Conferencia magistral

Hacia una agenda local de las industrias culturales y la creatividad	487
<i>Félix Manito y Montserrat Pareja-Eastaway</i>	

Epílogo

Todas las industrias y consumos son culturales. Crítica de las ideas de <i>industrias culturales y consumo cultural</i> para abrir nuevas posibilidades de investigación e intervención.	527
<i>Daniel Mato</i>	

Coda

El primer observatorio ciudadano de cultura del Ecuador.	531
<i>Fabián Saltos Coloma</i>	

La cultura montubia, su oralidad y su gestión

Alexandra Cusme*

Hablar de las culturas populares en Ecuador es adentrarnos en las entrañas mismas de este país, construido y sostenido sobre y por las culturas populares; entender que las culturas populares responden a una identidad propia y que cada una desde su cosmovisión nutre y fortalece aquello que la hace ser. La identidad, señala Jorge Enrique Adoum (2000):

...no es algo definido e inmutable, la identidad es la raíz más honda o vigorosa que los pueblos y el individuo han echado en la historia: los elementos que la conforman –etnia, lengua, religión, ética, conciencia de nación...– pueden permanecer mucho tiempo enterrados bajo una dominación cultural e incluso bajo los vestigios de otra identidad, y reaparecer un día de forma espontánea y orgullosa...ante todo la identidad colectiva no es algo definido e inmutable, conformado por siglos anteriores a nosotros, que hubiéramos recibido como una instantánea del pasado, menos aún un tatuaje que no podemos borrar, sino que se va haciendo, como un autorretrato, por acumulación de rasgos o como un collage fatalmente incompleto y no siempre de nuestro agrado.

La cultura como un conjunto de bienes materiales y espirituales, como una suma de manifestaciones tangibles e intangibles, de comportamientos y rasgos, de creencias y cosmovisiones es, según muchos estudiosos, la esencia de un colectivo. En mi percepción cultura es también, y sobre

* Poetisa y gestora cultural manabita, Manabí, Ecuador.

todo, el conjunto de saberes y tradiciones, de creaciones materiales y espirituales de un pueblo o colectividad. Es su forma de organizarse y ser, es su sentimiento y su geografía, su voz y su cantar como característica de su personalidad social. La cultura como producción comunitaria es un gran universo de significados y significantes, de códigos y conductas en constante modificación.

En el Ecuador, cultura y vida son una amalgama de múltiples manifestaciones interrelacionadas en su rica y variada geografía equinoccial. Como país guarda, concentra y armoniza la diversidad como esencia de su naturaleza vegetal y animal. Este factor de geografía ha sido, para algunos pensadores, un factor “dispersante” antes que aglutinante. “En vez de un país –la geografía– ha creado tres países”, señalaba Leopoldo Benítez Vinuesa (1950), un pensador profundo del Ecuador del siglo XX con el cual concuerdo porque a través de la metáfora de la geografía como gestora de varios países en uno, busca explicar y señalar que la diversidad como característica de su ser social es también su abanico de razas, etnias y pueblos que reproducen la también rica y enraizada multiplicidad cultural y regional.

Una de las maravillosas características del Ecuador emana precisamente de la identidad. El equinoccio es un crisol de identidades, formas y expresiones de pueblos y comunidades, de gente y geografías que en la diversidad buscan la unidad como sociedad-país. Adentrarnos en esa búsqueda es un desafío necesario, es un peregrinaje por una geografía humana que se va haciendo con el día a día, con los vientos y temblores de los tiempos nuevos. Sumergirnos en este tema es un ejercicio creativo que demanda apertura, crecimiento y comprensión hacia lo que nace y desafía. Cultura e identidad es una ecuación que se resuelve en el individuo porque el comportamiento es inherente a la cultura, así como la persona y su ser social son identidades de un colectivo.

No existen pueblos sin cultura, ni cultura sin pueblos, “...así como tampoco existe una cultura uniforme para todos los pueblos”¹. Afirmación que la remarca Juan Ossio Acuña, una verdad, que desde mi perspectiva personal, la historia de los habitantes de los distintos continentes de este el planeta azul lo confirma. Cada individuo en tanto pertenencia a un

1 Juan Ossio Acuña, antropólogo peruano. Autor de algunas publicaciones y artículos. Catedrático de la Universidad Católica de Lima.

pueblo tiene una cultura propia, "...porque en ella se expresa un aspecto de la humanidad"². Una vez que se ha entendido que somos netamente culturales en toda nuestra actividad existencial humana (por la condición esencial del ser humano explicada por Manuel Zapata Olivella quien dice que "el hombre es creador de valores culturales"), basándome en las acertadas definiciones de estos autores sobre el hombre y sus valores culturales, me enfrento a la complicada tarea de exponer aquellos valores que hacen a la cultura montubia una cultura popular, y de la oralidad que es su alma. Para ello es preciso conocer:

¿Qué es la cultura montubia? ¿Qué tan arraigada está la cultura montubia? ¿Cómo se expresa en la forma de ser de la gente de Calceta? Entender su vigencia en los jóvenes y la comunidad en tanto expresión viva de una herencia que viene desde aquello que llaman nuestros padres, *el tiempo antiguo*; descubrir el nivel de comprensión que tienen los jóvenes respecto de su propia cultura (la cultura montubia) rica en expresiones y características que la hacen única, y al mismo tiempo observar el desconocimiento que tienen de ella, quiénes son o deberían ser su sustento y permanencia, saber si la identidad cultural y el comportamiento está determinado por el ser montubio o está influenciado en su educación, formación y crecimiento por patrones y valores culturales vinculados a modelos de vida ajenos a su naturaleza e idiosincrasia.

Montubio es en el Ecuador un universo de contenidos, conocimientos y formas de vida nacidos de una suma de transformaciones, adaptaciones y asimilaciones raciales, culturales y sociales, producidas a lo largo del interior del litoral a partir de la colonización española. La fusión de indios, negros y blancos, y su particular relación con su entorno natural de esteros, ríos y montañas, tiene en el montubio un referente cierto. Esta fusión étnico cultural, no constituye una identidad reciente. El montubio es una mancomunada rural de la costa, que en cerca de cuatro siglos de gestación, a partir de la presencia española, allá por el siglo XVI, ha ido

2 Johann Gottfried von Herder (1744-1803) filósofo y crítico literario alemán. Sus escritos contribuyeron a la aparición del romanticismo alemán. Instigador del movimiento *Sturm und Drang* ("Tormenta e impulso"), vertiente alemana del pre-romanticismo europeo, inspiró al joven Johann Wolfgang von Goethe, a quien conoció en Estrasburgo en 1770 y quien posteriormente se convertiría en la principal figura del clasicismo literario alemán.

consolidando un espíritu, una forma de ser y ver, que ha enriquecido la personalidad colectiva de este país equinoccial.

Para Dumas Mora, poeta de Calceta, la palabra montubio está relacionada al monte, al río y al agua. “Montubio es el habitante de este entorno, de estas vertientes. Pero también de monte y montaña, por lo tanto son los que habitan además en tabladas y montañas”. Yo ayudaría a la Real Academia: “montubio es el habitante del campo del litoral ecuatoriano que se reconozca como tal” (Ordóñez, 2006). Dotado de características propias como individuo o colectivo, para José de la Cuadra, primer estudioso de esta cultura, el montubio es corriente y con frecuencia, extraordinario tocador de guitarra. Para la poesía, señala de la Cuadra, “emplea espontáneamente el metro castellano de a ocho, o sea el metro de romance, pero con rima perfecta, casi siempre en agudos o graves fáciles, y sin cuidar del isocronismo de los versos rimados”.

Es una poesía que explota temas pasionales, como el amor y el odio; se hace para ser cantada y se liga como letra al amorfino, señala de la Cuadra. El amorfino, más ensalzado que estudiado, es el contrapunto, es decir el duelo o competencia verbal entre dos verseros. Su origen se remonta a las coplas de la época colonial, a los chigualos o cantos de navidad; pero para muchos otros estudiosos es en la narrativa donde el impulso artístico del montubio “alcanza expresiones insignes”. Su innata tendencia mística halla aquí un cauce amplio. “La tendencia mítica sobre ser fuerte es irrefrenable. De ahí su panteísmo. De ahí su constante fabricación de héroes” subraya de la Cuadra. “Su panteísmo manifiesto en la creencia generalizada de la existencia de poderes protectores, ubicados en objetos de los más singulares: la piedra imán, la pezuña de la danta (uña de la gran bestia), etc. Como derivación de este panteísmo, en los relatos montubios los animales hablan, lo propio que las plantas y las cosas todas; sus impalpables presencias que influyen en los destinos humanos, modificándolos favorable o desfavorablemente, según su condición de buenos o malos poderes (de la Cuadra, 1996).

Representaciones, comportamientos y símbolos montubios: “La condición esencial del símbolo es su apropiación colectiva” señala Jorge Enrique Adoum, y es que la cruz no es simplemente el trazo de dos líneas que se cruzan perpendicularmente en una proporción determinada. La cruz es

una figura, representación de un universo, la fe cristiana. Por ello no hay símbolo que exista por sí mismo, sino en función de su significado. El amorfino es la representación del mundo montubio, realidad de la geografía, la historia y el imaginario del litoral de este país. Por ello, es importante averiguar ¿cómo existe ahora? ¿en dónde se renueva y como se renueva? y ¿cuál es su real presencia en la vida de su colectivo joven? “Habiendo arroz aunque no haiga dios”, un decir montubio que refleja el alma de esta gente de arroz y verde, de guanchiche y chame, de arcilla y algodón.

La tierra que alimenta es el centro de su universo, y todo festejo celebra en la cocina la comunión de las manos con el horno de arcilla. Allí leño y sabores juntan saberes y tradiciones; fogón y paladar son aliento que festeja al verde y al café, al maíz y a la yuca, al cacao y al pechiche, al maní y la caña dulce, a la tonga y la cazuela, al bollo y la sal prieta, sal de color arcilla, sabor y sazón de la voz del alma peregrina, sal que sazona los versos, las décimas y los amorfinos: “Que rico el arroz con pollo /Y su viche de maní, /Pero un café con bollo/A cualquiera hace feliz” (Ordóñez, 2006).

Este sueño inspirado en los cholos, en los montubios y en los negros, habitantes de la costa, consiguió que ese universo cultural de seres humanos vivos, deje de ser decoración del paisaje para, con su realidad recia, sensual y marginada ser referente de la cultura ecuatoriana. Personajes recios de arcilla viva, de impulsos animales que comulgan con sus códigos instintivos de justicia, conocerán la relación e identidad establecida de Dios con el mundo mediante la lectura del paisaje y el sentir de los animales. Con estos nutrientes irán constituyendo su universo. “El guaraguao”, “El cholo de la atacosa y la superstición”, “El malo”, “Juan el Diablo”, “Tren”, “Era la mama”, “El cholo que se fue para Guayaquil”, “Montaña adentro”, “ Él sí, ella no”, “El cholo que se vengó”, “Al subir el aguaje”, son relatos de una identidad que expresa y engendra el sentimiento de la culpa y rebeldía ante las leyes civilizadas que los maltratan y marginan, allí en esa “legalidad” se cose su respuesta y su sentido más primario de justicia. Son los montubios, barro de vega, que a pesar de la violencia, vibran con la música y la poesía que los envuelve. Son seres atados a la tierra como el matapalo o la ceiba, están prendidos al subsuelo y sus entrañas y a pesar de ello, de sus raíces profundas, emigran en busca de mejores condiciones de vida. El verbo es su alimento y sustancia, es también raíz, sueño y vida.

El imaginario del machete y el guardamanos, del morral y el camino, se alimenta con el “habla” del caminante, su relato anuda universos de almas que en su diario vivir alimentan su crecimiento con la tierra y sus deidades. “Habiendo arroz aunque no haiga Dios”, expresa la sabiduría práctica y efectiva de un colectivo de río y de montaña que apela al verde y al maíz, a la yuca y al maní, al café y la caña, al cacao y el pechiche, para hacer de sus sabores deidades del paladar. Son voz y sabor, dos identidades de la tierra prieta que alienta y alimentan la alegría y el festejo de la sal y su poesía.

Que rico el arroz con pollo	Aliméntese cada mañana
Y su viche de maní	Con bola café y tortilla
Pero un café con bollo	Acompañado de una chiquilla
A cualquiera hace feliz.	Aunque se muera mañana
	(de la Cuadra, 1996).

La importancia de este conocimiento radica en su propia naturaleza. No podemos entendernos y peor aún entender la conducta actual de los montubios (sus gustos y manifestaciones culturales), si no es a partir del reconocimiento de lo que son y somos en tanto individuos que sumamos comunidad, es decir una identidad cultural concreta de país, región y colectividad, en tanto historia, geografía, clima y entorno natural y social. La amalgama de conductas, gustos y colores, sabores y formas de hablar y ver, la apropiación de lo nuevo frente a lo propio como tradición de colectivo, nos permitirá entender el cambio como una constante permanente en la formación de la identidad; nos posibilitará adentrarnos, además, en la dinámica y esencia de la cultura como un espíritu vivo que existe renovando y transformando el día a día. Conocer el espacio que ocupa la identidad propia (el ser montubio), su nivel de estima y vigencia frente a los nuevos valores que tanto la sociedad como su juventud los han ido incorporando en procesos históricos, automáticos e inconscientes, como formas propias de ser identidad.

Como hemos visto, la oralidad es del montubio su impronta, es como su propia piel, mediante ella forma y forja cada uno de los elementos que lo contienen. Esto permite ver también que *con el tiempo y las aguas*, como diría Melitón Cusme, las cosas han venido cambiando, han cambiado las

formas de ver lo cotidiano, tanto de jóvenes, como de padres y abuelos, en distintas escalas. A los primeros les gusta y disfrutan más que los otros de la oralidad, les embelesa el amorfino, e incluso los envían por celular, chatean con ellos, asisten a los festivales de amorfinos, ríen y gozan en estas fiestas, no son tan indiferentes como se cree o se creería: hay jóvenes que trabajan con la cultura, pintan sombreros con paisajes montubios, estampan camisetas con un amorfino. Muchos jóvenes de “la sin par” Calceta están reivindicando su cultura, hacen música montubia: José Cedeño (Piloso), “Los Mentaos de la Manigua” en Portoviejo (un grupo de jóvenes que hacen música montubia y baile). Es verdad que las cosas ya no son las mismas, el cambio es una constante en una cultura para su permanencia y pervivencia. Y en la cultura montubia también ha estado y estará presente el cambio, radica allí, el desafío de la misma de generar sus propias herramientas para sobrevivir y mantenerse.

Interesa saber si esta oralidad que dibuja, pinta y reflexiona en un solo instante es vida que renueva o es pieza de museo, se mantiene como tradición de muchas vidas calendario, transmite los saberes de tierra y alma y aún busca comunicar saberes, formas de ser, a partir del juego de las vocales y consonantes, de su sonoridad y cadencia.

Actualmente hay un interés considerable por parte de los jóvenes de conocer aquello que les es lejano, buscan en las casas viejas de los abuelos los instrumentos antes usados en el quehacer diario y interrogan sobre su uso, construyen sus casas con los mismos diseños y materiales de antaño, cocinan y comen los platos cotidianos de siempre (“platos típicos”), se bañan con matiancho en mano, aún montan a caballo o burro, cuentan cuentos, hacen y dicen versos. Es una realidad que hasta ahora, todos los diciembres se cantan amorfinos, se juega la rueda y se come dulce de casa. Lo que tenemos que entender es que la cultura montubia no está perdida, tampoco se ha extraviado, ni muchos menos la estamos rescatando. Ella como tal, no nos ha pedido “rescate” son los montubios y montubias los que debemos poner más conciencia en lo que somos para no desaparecer ante los ojos del Estado, del Gobierno y por ende del país y del mundo.

Los refranes por ejemplo son una constante, los practican los montubios de todas las edades, y cada vez son reformados y empleados según los tiempos en que se vive, pero existen y es una realidad: “los niños dicen:

como dijo mi mamá”; “el que se levanta tarde, no ve a la tortuga lavarse los dientes”... Con mucha frecuencia he visto y he oído decir: “que lindo niño quién le enseñó eso”; y siempre respondo: “es tradición oral”; eso es acumulación de conocimiento que se transmite vía oral de generación en generación. El verso, expresión de comportamiento de monte y de río, de años viejos, actuales y nuevos, es el fuego que se encuentra en el corazón de los montubios, hombres y mujeres que encuentran en su cotidianidad espacio para la palabra, palabra que se hace, se pronuncia y canta, se tenga o no se tenga audiencia, se escucha en otro espacio, en otro tiempo y en otra voz. Las amas de casa tienen una constante a la hora del almuerzo: “a comer y a misa, una sola vez se avisa”, “coma no’ ma, que comida mala con ají pasa” y “hay que comer para no perder la costumbre”. Esta constante ha llegado a sus hijos/as y nietos/tas.

“Desayunando en la mañana/Almorzando al medio día/Merendando en la tarde/Me atrevo a pasar un día. Esto no se ha visto en Francia/Ni jamás se ha de mirar/Tantas montubias elegantes/En Calceta la sin par”. El verso es la memoria viva de la tierra montubia, se expresa en su voz y su cadencia. Es un tono antiguo de calendarios que se remontan en el tiempo para recrear la alegría del vivir: “Amorfino no seas tonto/Aprende a tener vergüenza/Al que te quiere, quererlo/Al que no, no le hagas fuerza”. Este verso es el registro más antiguo de la voz popular del litoral, corresponde a la recopilación hecha por Marcos Jiménez de la Espada, allá en 1881 y aún se mantiene en la memoria y voz de los decimeros del litoral (Ordóñez, 2004). Memoria y verso, una pareja indisoluble, su comunión es el fresco aliento que remoja. Desprendido de la copla traída de España, una vieja herencia colonial, el verso en América y en nuestro país se domiciliará en los remotos pueblos de la costa. Décimas y versos son la base de la oralidad montubia, un inocente juego de palabras y conceptos que transmiten conocimientos y valores. La cadencia de la voz y su tono pícaro, busca prolongar la existencia de costumbres y creencias para que la tradición perviva hasta cuando la voz alcance.

“Las viudas también son sabrosas/Tengan esto por cierto/Si están algo apestosas/Es porque abrazan al muerto”... “Con Usted yo no discuto/Ni le vengo a porfiar/Hay que ser un ser tan bruto/Para a una mujer insultar” (Ordóñez, 2006). La memoria, sustento frágil del comportamiento montubio, cambia y camina con el tiempo.

De los versos como base se desprenden los chigualos y el amorfino o contrapunto, las décimas, los cuentos, entre otros. Todos juntos constituyen las bases de la cultura oral que identifica al universo montubio; en su mayoría de carácter anónimo, son una propiedad de todos, como el monte y la ladera, como el río y su orilla, allí recalcan todos los nombres, procedencias y destinos. El anonimato asegura su supervivencia. La apropiación para su reproducción como patrimonio intangible que se alimenta de la suma de momentos ha sido la base del amorfino y, en esos encuentros de voces, el repentismo es la forma del pensamiento y de la voz para las respuestas en las batallas del verbo y el ingenio. Allí la riqueza idiomática juega como sustento y acervo de los tiempos y saberes. Por ello se puede afirmar que, al versear, la memoria guarda el secreto de la creación, allí en lo efímero de la memoria, en la lucha de los decires, está su fortaleza y su fragilidad. Si bien esa puede ser la esencia del ser de esta región, a esa personalidad y cultura se añaden otros elementos que el llamado desarrollo los ha ido incorporando en un proceso automático, inconsciente, de asimilación y transformación de costumbres, valores y visiones.

Cultura y arquetipos están presentes, han cambiado los escenarios y se han incluido nuevos elementos festivos pero aún en Calceta se celebra hasta la mudanza de un “catre” (cuero de vaca que se extiende al máximo mientras se seca, luego se lo usa como soporte sobre la cama, en vez de colchón). Las fiestas o festejos oficiales buscan institucionalizar a las manifestaciones culturales en una suerte de postal o extendido afiche del folklore. Son desfiles y comparsas las expresiones más acabadas de esta realidad que convoca y muestra el estereotipo como expresión de identidad cultural. Esta concepción reduccionista de la cultura, como evento o “show”, suele dejar de lado a la renovación como esencia de la cultura.

Las nuevas manifestaciones y valores que emergen dentro de las colectividades son un ejercicio marginal que escapa la atención de las autoridades de turno. Tradicionalmente la oficialidad no considera la dinámica de la cultura como nutriente transformador; por lo tanto, no alimenta su renovación. Por ello muchas veces la gestión pública se queda en el eufemismo de exaltar la imagen símbolo, como el único ícono de la cultura colectiva. Este modo de ser y actuar no alimenta la renovación cultural, no procura la creación y promoción de eventos sustantivos, encuentros o festivales, que

busquen la siembra para el cultivo de las tradiciones y esencias montubias. Pensar que el montubio es un hombre fuerte, musculoso, fecundo, que es el súper macho (hipersexualizado) es un error. El montubio es un hombre como cualquier otro, con sentimientos, con apego a la tierra, le pone amor y alegría a su día a día. Lo mismo pasa con la mujer, estigmatizada como la mujer más bella del Ecuador, con “el súper cuerpazo”, que es cariñosa y que sabe realizar todas las tareas del hogar (considerada una auténtica doméstica, diría yo), todas estas estereotipaciones empobrecen a la cultura, son imágenes, que existen como en toda colectividad.

Se ha creído por muchos, durante mucho tiempo, que el montubio es malo, violento, grosero, “ignorante” mal hablado, y que siempre tiene un machete a la cintura. Claro que existe el montubio tradicional, con su machete, a caballo, con sombrero, con leña al hombro, que unos son analfabetos sí; pero ese es un problema del Estado, no del montubio, no tiene él la culpa que la educación “academia” no haya penetrado en sus espacios, que desconocen mucho también es cierto, pero lo que este montubio ignora es la academia, más, es sabio para la vida. Sabe cómo y cuándo sembrar, sabe con qué luna pescar, es un gran conocedor del monte y los animales, es noble y cree en los otros seres humanos como él. Todas estas imperfecciones y defectos lo distinguen y lo hacen ser parte esencial de esta cultura.

El bombardeo diario e interminable de divertimento artificioso y virtual, esta omnipresencia de la imagen y la voz del “primer mundo”, contribuye a la erosión de lo real, al debilitamiento de la personalidad propia, a la mutación. Contribuye también al crecimiento del desinterés por la cultura propia, a su rechazo inconsciente, a la desestimación de la costumbre y al desapego de la tradición. La aceptación irremediable de la cultura virtual, como única opción, es una forma de desarraigo en la misma tierra, una forma de conquista sin violencia. Es la imposición silenciosa –apropiación– de una nueva y distinta identidad cultural, una solapada extinción de la piel de adentro; que no sólo irrumpe en la colectividad montubia: es una cultura de masas que ingresa por la puerta y con gran acogida, pero éste no es otro problema de los montubios, es un problema social, educacional, de salud; lo malo no está en que la tecnología y los medios masivos existan, lo malo es no ejecutar acciones de respuestas y opciones para enfrentar aquello que es una realidad.

En esa medida, frente a una realidad de cambio en las identidades culturales de los pueblos, los jóvenes o estudiantes, actores de su tiempo, un tiempo sujeto a las determinaciones tecnológicas, al Internet y la información global, no encuentran opciones de realización en sus espacios naturales. La cultura propia –el ser montubio– se debate entre la vergüenza y el oportunismo, “eres cuando lo necesitas”, emana así desde las instituciones educativas, o culturales, lo montubio para los montubios, para las fiestas, para exportarlo, para ser aplaudidos. Lo ciudadano universal y sus luces son una suerte de imán cierto para esta generación. El modelo tecnológico, sus valores y arquetipos de comportamiento, luce más atractivo como identidad frente a lo rural, sus tradiciones y creencias. Por ello la juventud mira obligadamente las otras identidades, las “universales” (aquellas que aparecen en los medios, generalmente modas de mercado), como una alternativa sólida de la construcción de su ser. Esta construcción es una suerte de desarraigo en su propia tierra. Es una emigración virtual de la piel de adentro, antesala a la emigración real. Por ello en la problemática de la identidad cultural es absolutamente pertinente la observación de Canclini, de que “la preocupación no debería estar en lo que se pierde, sino en lo que se transforma”.

Interesa averiguar si la “mina de oro” del relato ecuatoriano que vio y vivió José de la Cuadra y el llamado Grupo de Guayaquil le interesa al Estado y a su revolución ciudadana, si la cultura ya es de todos. A nosotros, los montubios, nos interesa que todos se enteren de que existimos, que somos y que con trabajo seguiremos siendo montubios, por eso nos interesa también saber si para nuestras autoridades es una prioridad o sigue siendo un pendiente eterno el saber si se agotó esta mina o aún es una cantera que rinde sin explotar. Si se persigue de alguna forma fomentar la tradición oral, si se trabaja en la tarea de no olvidar y en la obligación de practicar, porque para los montubios del campo de Manabí-Calcuta y otros lugares ser lo que somos es ser natural, no hay nada extraño en vivir día a día como vivimos.

Siempre hemos sido invisibilizados ante el poder, en todas sus esferas, somos valiosos en tiempos de elecciones, somos muchos en los censos, somos grandes en territorio, tenemos la mejor comida, las mejores playas, y cuando se escucha decir, los montubios son montubios, siempre buscan y

rebuscan palabras recogidas, para nombrarnos, para calificarnos. Es común escuchar los discursos en los que denominan al montubio “como hombre de coraje y mujeres hermosas, aguerrido y montonero, recio y valiente”, en cada pueblo el discurso es el mismo para nombrar a sus habitantes. Entonces ante el Estado somos un número poblacional más, una categoría en el censo, una cultura más en este país multicultural, pero para nosotros somos gente única, trabajadora, herederos de la Revolución Alfarista, no para vanagloriarnos, sino para saber y recordar que podemos salir adelante, que podemos unir al país con nuestro esfuerzo, poniéndole alegría a la vida, verseando a todo, a lo bueno y a lo malo, criticando al poder desde la forma en que aprendimos a hacerlo: en verso. “Este Ecuador es muy bonito/ Del turista admirado /pero por culpa de los políticos /en la miseria esta postrado. Si yo fuera presidente/ escuchen bien esta razón/ que al corrupto y al ladrón/ los tatuaría en la frente. No abandones tu parcela/para irte a la ciudad/ pon a tus hijos en la escuela/ más cercana del lugar”.

Por eso propongo pensar en lo que dice Manuel Zapata, respecto a la oralidad y su transmisión, que existen tres leyes en la transmisión oral: ley de acumulación de conocimiento, ley de transmisión y ley dinámica de la cultura. Estas siempre se han dado y se dan en la cultura montubia con la tradición oral. Se acumula conocimiento, se lo transmite y se lo modifica, y eso es muy importante para quienes creen que la tradición oral se fue con nuestros abuelos. Aquí también cabe pensar y analizar en lo que dice Fabio Silva Vallejo sobre las narrativas populares como resistencia cultural; esto que dice Silva es lo que ha venido haciendo el montubio sin proponérselo políticamente, resistir el modelo estatal de dirigir a la cultura, encaminarla, y ejercerla desde una oficina. El montubio es como es, sin esperar nada más de lo que le pertenece como ciudadano hacedor de historia y cultura, ojalá algún día seamos vistos como ciudadanos rostro, corazón y alma de una cultura y geografía única de este país. Fabio Silva expresa en su libro “Las voces del tiempo” que la tradición cambia como cambian sus adictos, se va haciendo con partes propias del que la cuenta, emplea otros elementos y se le imprime un toque propio, va cambiando de voz en voz, así se hace un tejido extenso y nutrido, esa es su virtud y la razón de su pervivencia y permanencia en el tiempo.

Hay muchos ejemplos de la modificación de la cultura montubia por los jóvenes, y mucho ha desaparecido, pero que existe una apropiación

de lo montubio por parte de las nuevas generaciones es una realidad. En Calceta y su entorno más próximo son estos espacios una razón para compartir y vivir el pasado y el presente; abuelos, hijos y nietos comparten la emoción de ver y ser parte. Incluso en estas manifestaciones existe un gran arrojo de conocimientos que se entregan sólo al observar cómo se realizan ahora las fiestas, donde se escucha decir: “en mis tiempos las balsas eran de caña, no de balsa. En mis tiempos la tonga se hacía para los jornaleros (trabajadores), la ropa se planchaba con almidón y plancha de carbón”, y así muchas observaciones que son más bien enriquecedoras, que críticas negativas, y a partir de las mismas se desgranaban muchas preguntas de los nietos hacia sus abuelos, que empiezan a narrar cómo eran las cosas en sus años mozos, haciendo tradición oral y nutriendo el conocimiento del presente y del inmediato futuro.

Todo esto es un gran aporte y se ve cada año en el Festival de las balsas, en el río Carrizal, en el festival de la comida típica, en la Quinta Colina del Sol, en el festival de amorfinos, en la Plaza Cívica, en la Feria Ganadera en el Corozo, en el Día de la Raza en las Delicias, en el Festival de la Tradición Oral de Río Caña en Santa Ana y La Flor de Septiembre en Portoviejo, espacios de renovación e intercambio, de promoción y estudio de la cultura montubia en la provincia de Manabí. Pero como dice Manuel Zapata: “Mientras no hayan mecanismos efectivos que le permitan al pueblo manejar su propia cultura; mientras no haya un programa de las instituciones educativas y culturales que oriente su infraestructura no a rescatar la cultura popular –porque la cultura no está al borde de ningún precipicio– sino a enseñarla no tanto en sus esquemas formales, sino más bien en sus contenidos más connotativos, más propios, no habremos avanzado nada”.

Bibliografía

- Adoum, Jorge Enrique (2000). *Ecuador: señas particulares*. Quito: Eskeletra Editorial.
- Benítez Vinuesa, Leopoldo (1950). *Ecuador: drama y paradoja*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Cuadra, José de la (1996 [1937]). *El montubio ecuatoriano*. Quito: Libresa-UASB.
- Ordóñez Iturralde, Wilman (2004) *Amorfino. Canto mayor del montubio*. Guayaquil: Shamán Editores.
- _____(2006). *Dumas Mora Montesdeoca, el poeta del carrizal*. Guayaquil: Shamán Editores.
- Silva Vallejo, Fabio (1999). “Las narrativas populares como elemento de resistencia cultural”. En: *Las voces del tiempo. Oralidad y cultura popular*. Bogotá: Arango Editores.